



ENCUENTROS CON EL ARCHIVO

Cuerpos melenudos, olorosos y transgresores: representación del *hippie* colombiano en la fotografía de prensa de Medellín y Bogotá entre 1968 y 1969¹

Úrsula Mares Figueras

Doctoranda en Historia Moderna y Contemporánea del Instituto Mora de Ciudad de México.

ursmares@outlook.com

Palabras claves: cuerpos juveniles, fotografía, *hippies*, olores, prensa, transgresión

Keywords: youth bodys, photograph, *hippies*, smells, press, transgression

Resumen: La emergencia del fenómeno *hippie* en Colombia despertó las alarmas sociales frente a grupos juveniles que empezaron a adoptar estéticas, filosofías y prácticas que no correspondían a los valores tradicionales de las sociedades urbanas colombianas. La prensa nacional alineada con el Frente Nacional jugó un papel fundamental en la construcción del *hippie* como un cuerpo juvenil transgresor que había traspasado los límites aceptables y tolerados del orden social y moral establecido. Aquí se analizan algunas de las primeras representaciones fotográficas, y los discursos periodísticos que se entretijieron en torno a ellas. El cuerpo *hippie* colombiano se construyó como una forma de transgresión encarnada y se percibió sensorialmente, a partir del olfato, como maloliente y desagradable, en un marco de relaciones sociales asimétricas atravesadas por el poder hacia grupos juveniles que rompieron con los comportamientos morales impuestos.

Abstract: The emergence of the hippie phenomenon in Colombia raised social alarm regarding youth groups that began to adopt aesthetics, philosophies, and practices that did not correspond to the traditional values of Colombian urban societies. The national press, aligned with the National Front, played a fundamental role in the construction of the hippie as a transgressive youth body that had crossed the acceptable and tolerated boundaries of the established social and moral order. We analyze some of the first photographic representations, and the journalistic discourses that woven around them, to examine the ways in which the Colombian hippie body was constructed as a form of embodied transgression and was sensorially perceived, through smell, as malodorous and unpleasant, within a framework of asymmetrical social relations influenced by power toward youth groups that broke with imposed moral standards.

¹ Este artículo se desprende de la tesis "Extraños, viciosos y hediondos: la construcción del *hippie* en las fotografías de prensa de México y Colombia, 1969-1971", dentro del programa de doctorado en Historia Moderna y Contemporánea del Instituto Mora, de la Ciudad de México, financiado por el Consejo Nacional de Humanidades, Ciencias y Tecnologías.

Introducción

La irrupción juvenil contracultural durante la década del sesenta en América Latina marcó pautas para generar formas de pensamiento alejadas de la rigidez y el tradicionalismo de las sociedades conservadoras de la época. Emergieron actores sociales cuyas estéticas, prácticas y formas de pensar no correspondían con las tradiciones locales ni con las expectativas sociales que de las juventudes se habían elaborado. Las sociedades latinoamericanas consideraron a esas juventudes como estafalarias y desarraigadas de los valores familiares, morales y nacionales. Imitadoras de un movimiento ajeno que provenía de Estados Unidos y que se había corporeizado en algunos sectores de sus juventudes: el *hippismo*.

La noción del *hippie* durante la década del sesenta en Latinoamérica –que perduró en décadas posteriores– fue producto de “invenciones” culturales y simbólicas representadas en la prensa por medio de notas, artículos, reportajes, caricaturas y fotografías. Allí se integraban discursos psiquiátricos, educativos, judiciales y oficialistas que eran difundidos en el espacio público periodístico, por lo que también incidieron en la opinión de distintos sectores sociales.

En Colombia la prensa elaboró varios discursos y representaciones fotográficas que nutrieron los imaginarios en torno a la identidad del *hippie* y los elementos que lo configuraban. Ese cuerpo juvenil colombiano se vinculó discursivamente en el ámbito local con la homosexualidad, el ocio, la mugre, la vagancia y el vicio. Para los guardianes de la moral esto comenzó a ser un “problema social” que se debía vigilar, castigar y controlar.

El tratamiento mediático durante la cobertura del fenómeno contracultural en Colombia fue disímil entre la prensa de Medellín y Bogotá. En la capital antioqueña, profundamente religiosa y conservadora, resultaba alarmante que los hombres jóvenes se dejaran crecer el cabello porque se vinculaba a la homosexualidad, la cual estaba penalizada desde el siglo XIX.² De hecho, fueron pocos los reportajes y los artículos publicados en los medios de comunicación de Medellín que dieron cobertura al fenómeno. En cambio, en la prensa de Bogotá hubo más publicaciones, pero su preocupación no radicaba en el cabello largo, sino en el consumo de marihuana y en la apropiación juvenil del espacio público para la socialización de ideas y valores que no coincidían con las tradiciones sociales bogotanas. En general, la prensa representó a los cuerpos *hippies* juveniles como figuras transgresoras del orden social y moral,

² La homosexualidad estuvo penalizada en Colombia desde 1890 hasta 1980. Es un tema que desarrolla Guillermo Correa (2017) en su libro *Raros, historia cultural de la homosexualidad en Medellín, 1890-1980*.

así como estéticamente disruptivas. Los discursos primeros emanaban incomodidad frente a esas nuevas corporalidades juveniles que transgredían la “normalidad” y provocaban pánico moral. Ante esto se ejerció vigilancia social y control institucional, como los cortes de cabello en el espacio público por parte de la policía colombiana.

Este artículo se inscribe en la historia cultural y sensible del cuerpo de los grupos juveniles colombianos contruidos mediáticamente como *hippies*, por medio de las representaciones elaboradas en los discursos escritos y fotográficos en dos medios de comunicación al servicio del poder alineados con la coalición del Frente Nacional: *El Tiempo* y *El Colombiano*. El objetivo es analizar cómo estos medios usaron las fotografías para representar los cuerpos *hippies* como espacios de transgresión y como una amenaza al orden social establecido.

Estos medios de comunicación impresos elaboraron discursos que establecieron y delinearon los límites entre lo aceptable y lo que no lo era en el comportamiento social y moral para la cultura de la época, con el fin de justificar las posteriores violencias ejercidas sobre los *hippies* y mantener el control de los cuerpos juveniles. Los adjetivos “melenudo”, “excéntrico” o “mugroso” fueron utilizados por la prensa para construir representaciones e imaginarios en torno a una diversidad de jóvenes que buscaron expresarse con libertad y que fueron simbolizados como cuerpos moral, social y estéticamente transgresores por el hecho de traspasar el orden social impuesto.

El análisis propuesto se despliega en tres secciones. En la primera sección, se construye el marco referencial de la prensa al servicio del poder en Colombia a partir de la coalición que dio lugar al Frente Nacional y el tratamiento mediático disímil que le dieron *El Tiempo*, en Bogotá, y *El Colombiano*, en Medellín, al fenómeno contracultural juvenil denominado como *hippismo*. En la segunda sección, se revisan algunas de las primeras representaciones visuales que se publicaron en ambas prensas, con las que se empezó a configurar la identidad de los *hippies* colombianos en clave de extrañeza. La percepción cultural del joven *hippie* como ajena a la realidad local y transgresor de las “buenas costumbres” promovió una suerte de vigilancia social en el espacio público hacia finales de la década del sesenta. Y en la tercera sección, se exponen algunas consideraciones finales.

Prensas del poder y cobertura del fenómeno contracultural juvenil *hippie*

A partir del pacto de coalición del Frente Nacional entre los partidos Liberal y Conservador para alternar la presidencia y reorganizar al país después del período de La Violencia, se generaron conflictos en el campo periodístico que repercutieron en la formación de la opinión pública. Se cerró la posibilidad de construir debates públicos para fortalecer con esto el poder presidencial (Castellanos,

2011). Al mismo tiempo se crearon discursos periodísticos en torno a las protestas como formas de amenaza al orden público y se enaltecó la labor política del Gobierno. Esto generó estigmatización hacia la oposición y la diferencia, lo cual profundizó aún más las violencias e injusticias sociales (Archila, 2003).

Durante este período los medios más importantes de circulación nacional que apoyaban la coalición bipartidista fueron *El Tiempo*, *El Espectador*, *El Siglo*, *El Colombiano*, entre otros. Estos periódicos reprodujeron discursos hegemónicos y acapararon la opinión pública con publicaciones que circulaban de manera amplia en el espacio público. En ellas mostraban una realidad sociopolítica desde visiones ideológicas alineadas con los partidos Liberal y Conservador, en el ámbito nacional, y con visiones anticomunistas promovidas por Estados Unidos (Estévez, 2013).

La estrategia de la prensa alineada con los intereses del Frente Nacional muestra la articulación entre la construcción de la realidad social colombiana desde discursos hegemónicos y lo que se consideraba noticiable, a partir de lecturas sociales propuestas por esos periódicos que privilegiaban sus visiones y respondían a la agenda política del poder.

En ese contexto uno de los periódicos ejemplares que elaboró estrategias discursivas para defender los intereses de la coalición frente a campañas políticas de oposición fue el periódico liberal *El Tiempo*. Su discurso se orientó hacia la reproducción del poder al descalificar cualquier muestra de diferencia que se alejara de la política y la vida social tradicional. Como lo ha mostrado César Augusto Ayala (2008), esta prensa excluyó de forma deliberada elementos de la vida política y social para colocar una suerte de velo a la información que circulaba en el espacio público. Los lectores recibían noticias de ese diario que reproducían el *statu quo* y las narrativas hegemónicas que favorecían a la coalición.

El lenguaje editorial usado en los titulares, los reportajes, las noticias, las columnas, así como la inclusión de imágenes fotográficas, caricaturas y sus pies de imagen mostraron las preferencias ideológicas, al mismo tiempo que marcaron prejuicios y estereotipos. Como lo muestra Peter Burke (2002), el uso de las fotografías como parte de las políticas de imagen pública en los medios de comunicación procura fabricar imágenes oficiales, en las que se despliegan recursos visuales como la elección de ciertos ángulos o planos para engrandecer o empequeñecer personajes. Con ello se fomentan imágenes idealizadas o estereotipadas que propagan determinados valores.

El periódico *El Tiempo* formaba parte de la élite política liberal del Frente Nacional y configuró su discurso desde el poder. Un giro drástico de posicionamiento si se consideran sus orígenes. A inicios del siglo xx en Bogotá, bajo el mando de la familia Santos, de ideología liberal, se convirtió en uno de los medios tradicionales colombianos, pero por su filiación política fue silenciado y

discriminado durante la dictadura del general Gustavo Rojas Pinilla, en la época de La Violencia. De hecho, en 1955 tuvo que ser clausurado temporalmente.

Con la coalición este periódico adquirió una posición importante, a tal grado de instituirse como uno de los principales brazos mediáticos del régimen frentenacionalista. Era un medio de comunicación liberal, defensor de la tradición y el orden social que imperaba en Colombia. Es decir, “una prensa de principios liberales, pero de prácticas conservadoras” (Estrada, 2009, p. 324). Crítico acérrimo del comunismo junto con *El Colombiano*, diario conservador de Medellín, otro de los periódicos más importantes del régimen, con el cual elaboró narrativas en torno al ideal del orden público, el bienestar generado por la coalición y el rechazo a las ideas de oposición.

En Medellín, Francisco de Paula Pérez fundó *El Colombiano* en 1912 bajo la línea ideológica conservadora. Con el tiempo este periódico tuvo una posición líder entre los medios de comunicación impresos. Entre 1947 y 1963 hubo una alternancia en la dirección por parte de Juan Zuleta Ferrer y Fernando Gómez Martínez. A partir de 1963 se quedaría bajo el mando de Juan Zuleta hasta 1984. El diario tenía un formato de impresión en blanco y negro, pero en 1976 empezó a imprimir sus imágenes a color.

El país del Frente Nacional era construido mediante un tipo de discurso periodístico que marcó la pauta y trazó las directrices en torno a la información. La influencia de *El Tiempo* y *El Colombiano* se expandió y se consolidó como un instrumento de legitimidad política que impuso estereotipos, prejuicios, discriminación política y social. Estos medios de comunicación impresos se convirtieron en dispositivos de poder alineados a los intereses del partido Liberal, el Conservador y la Iglesia católica. Como lo señala César Augusto Ayala (2008), la prensa bipartidista no estaba al servicio del poder, sino que era el poder mismo.

En este marco de alternancia política del Frente Nacional, de profundas desigualdades políticas, con demandas sociales sin atender y movimientos estudiantiles, se gestaron procesos culturales que provenían de las juventudes colombianas de las principales capitales del país. La apropiación del emergente rocanrol por parte de algunos sectores juveniles, por medio de su escucha y su posterior ejecución musical, abrió espacios sociales de divertimento y socialización que no habían existido anteriormente para las juventudes ciudadinas. Modificó conductas bajo la idea del “rebelde sin causa”, transformó estéticas consideradas como transgresoras y le ofreció otras posibilidades al movimiento corporal con los bailes propuestos por el nuevo ritmo. Ese proceso de apertura de espacios sociales y de apropiación juvenil del espacio público convergió posteriormente con la difusión de ideas del movimiento hippie estadounidense que fueron recibidas y reinterpretadas por algunos sectores juveniles colombianos que ya eran adeptos al rock.

La cobertura periodística de la emergencia y el desarrollo del fenómeno contracultural *hippie* en Colombia fue casi nula a mediados de la década del sesenta, pero abundante a inicios del setenta; en especial durante el Festival de Ancón de 1971. Aunque pocos, desde el inicio, la prensa alineada con el régimen del Frente Nacional elaboró discursos discriminatorios hacia esos sectores juveniles que transgredieron lo tradicional.

En sus narrativas de finales del sesenta e inicios del setenta vincularon a la figura juvenil del *hippie* con el ocio, la falta de higiene y el consumo de marihuana. De manera implícita se cuestionaba la libertad del cuerpo juvenil colombiano. Esas ideas se plasmaron en representaciones no solo escritas sino también visuales, por medio de las fotografías y las caricaturas, que jugaron un papel fundamental en la construcción del *hippie* colombiano desde el periodismo del régimen como una forma de amenaza la moral y los valores de las sociedades urbanas conservadoras y católicas. Como lo señala Cora Gamarnik (2016), algunas fotografías de prensa se transforman en arquetipos y utilizan alegorías y referencias hacia códigos culturales familiares.

Los periódicos del Frente Nacional como *El Tiempo* y *El Colombiano* propusieron lecturas desde sus intereses políticos y desde marcos interpretativos del poder hacia el fenómeno juvenil *hippie* para convertirlo en un problema social y cultural. Desde las percepciones editoriales hegemónicas el *hippie* colombiano se vinculó con la homosexualidad (penalizada en el país), la drogadicción (en especial el consumo de la “yerba maldita”) y la apropiación del espacio público, ámbitos que mostraban una suerte de emancipación de ciertos sectores de la juventud. El cuerpo juvenil que no era controlado y no se ceñía a los marcos de normalidad fue representado por estas prensas como transgresor.

El ideal de la juventud se basaba en la reproducción del sistema económico y el sistema de valores nacionales. Por ello, desde las esferas del poder el *hippismo* en Colombia se percibió como una amenaza a la modernidad, la civilidad y el desarrollo económico capitalista. Esta amenaza se vio reflejada en los reportajes, los titulares y las narrativas fotográficas que se desplegaron en los periódicos *El Tiempo* y *El Colombiano*. Estos eran los medios más representativos de Bogotá y Medellín, los cuales marcaron la pauta de una lectura cultural discriminatoria y estereotipada de lo que ellos identificaron y construyeron como el “*hippie* colombiano” o el “*hippie* criollo”. La prensa al servicio del Frente Nacional desarrolló discursos, narrativas, lenguajes y representaciones que fueron construyendo una idea de lo que era el *hippie*, que no necesariamente correspondía con la realidad material, elaborada a partir de estereotipos, percepciones discriminatorias y excluyentes que promovieron su vigilancia social e institucional en los espacios públicos.

Las coberturas se caracterizaron por describir a aquella figura juvenil desde las percepciones sensoriales, como el olfato, y las ideas higienistas modernas

vinculadas a la moralidad. Privilegiaron ciertas categorías para definir lo que era un *hippie* y sugirieron lecturas de ese fenómeno que se enfocaban en señalar y resaltar el conflicto y el drama, la transgresión y la peligrosidad. Aquí se sugiere que, precisamente, ese despliegue de discursos discriminatorios y la construcción de la figura juvenil *hippie* como transgresora ayudó a justificar acciones represivas que las instituciones del orden aplicaban sobre esas juventudes. Ya fuera desde violencias corporales como golpes, cortes de cabello o torturas, hasta la privación de su libertad con encarcelamientos o desapariciones temporales.³

En los reportajes periodísticos, que a veces se colocaban en la sección social y otras en la sección judicial, se notificaba sobre encarcelamientos o los cortes de cabello obligatorios, pero nunca se visibilizaban las acciones violentas directas hacia ellos por la policía, como los golpes en las detenciones o las torturas que incluían a hombres y mujeres por igual. El objetivo del periodismo al servicio del poder en torno al fenómeno contracultural *hippie* colombiano no era hacer denuncia social. Al contrario, señalaba al *hippie* como un ser extraño, transgresor y amenazante, ante el cual las instituciones debían actuar de forma violenta para ejercer control sobre él. Una violencia que fue normalizada en la sociedad colombiana de la época, tanto en lo doméstico como en lo institucional.⁴

Sus discursos, insertos en relaciones sociales y políticas específicas, apelaron a símbolos culturalmente compartidos y referentes internacionales del *hippismo* estadounidense para producir significados que brindaron inteligibilidad de la realidad juvenil representada, que era incomprendida y ajena a la realidad colombiana. Las construcciones de la prensa hegemónica (tanto liberal como conservadora) en torno al *hippismo* local dieron cuenta de los valores y las normas socialmente compartidas dentro de la sociedad conservadora y tradicional colombiana, pero también de los intereses políticos para elaborar enemigos y fortalecer la imagen del Frente Nacional como una fuente de poder que establecía y defendía el orden público y social.

Los *hippismos* colombianos (si es que se puede hablar de tal cosa) eran distintas apropiaciones juveniles de la propuesta y la filosofía *hippies* estadounidenses que se integraron a la realidad local y urbana colombiana, pero también a la realidad compartida latinoamericana. Para algunos autores

.....

³/ Después del Festival de Ancón la policía detuvo a un grupo de *hippies* que fumaban marihuana en el espacio público. El alcalde de Medellín solicitó investigar esas detenciones y al iniciar la investigación el periódico *Radio Clarín* informó que un grupo de los detenidos había desaparecido de los centros carcelarios a donde se les había remitido y no se sabía de su paradero. Esta noticia no fue reportada en los periódicos del Frente Nacional (*Radio Clarín* "Entre las dependencias carcelarias de Medellín hay perdidos cuatro hippies", 24 de junio de 1971, foja 221, Archivo Histórico de Medellín).

⁴/ Tania Moreno, una de las integrantes del movimiento *hippie* bogotano, asegura que llegaban policías al "pasaje de los *hippies*", en Bogotá, para detenerlos. Llenaban camiones de jóvenes que luego llevaban a los cuarteles, les cortaban el cabello a los hombres y a todos les echaban agua fría. También entraban al pasaje los padres y les pegaban con el cinturón a sus hijos e hijas enfrente de todos (entrevista a Tania Moreno realizada por Úrsula Mares, 21 de septiembre de 2022, Bogotá, Colombia).

este fenómeno se construyó sobre los cimientos de resistencias locales y contraculturales como el nadaísmo y se nutrió de una necesidad imperiosa de libertad juvenil en un contexto de resguardo social que los adultos aplicaron a la juventud (Rubio, 2022).⁵ La lucha nadaísta procuraba romper con los cánones establecidos en torno a la vestimenta, el cabello y las relaciones sexuales, lo cual, según Joshua Katz-Rosene (2021), “encontró resonancia en la cultura *hippie*” (p. 122). Sin embargo, Tania Moreno, una de las figuras más emblemáticas de este fenómeno contracultural en Bogotá, asegura que “la movida *hippie*” (como le llama en la actualidad) no tuvo relación ni se nutrió del nadaísmo. Aunque algunos de ellos, como Gonzalo Arango, adoptarían años después la filosofía de vida *hippie*.⁶

La juventud *hippie* colombiana fue representada como *non grata*, aunque con ciertos matices en cada periódico del régimen. En sus inicios el *hippismo* en Medellín, capital antioqueña profundamente moralista, católica y conservadora, fue prácticamente invisibilizado por *El Colombiano* y negado como propio durante la cobertura del Festival de Ancón. Mientras que, en Bogotá, ciudad capital colombiana, *El Tiempo* mostró mayor acercamiento y una cobertura más amplia.

En general, la percepción periodística en torno a los *hippismos* fue de extrañeza e incomodidad frente a los cuerpos juveniles que transgredían lo que se consideraba “normal”, lo cual provocó pánico moral y despertó sensaciones de amenaza y alarmas. Las representaciones fotográficas homogeneizaron la diversidad de prácticas y posturas consideradas como *hippies* que producían y plasmaban en su cotidiano en el espacio público las juventudes colombianas adeptas a esa forma de vida y pensamiento.

La prensa al servicio del poder contribuyó a despertar las alarmas y reprodujo los discursos institucionales médicos, familiares, policiales, escolares y gubernamentales que incitaron al despliegue de formas de vigilancia social, no siempre desde el Estado, ya fuera en el ámbito doméstico como en el espacio público.⁷ Tanto las familias como las escuelas y la policía mantenían atención ante el cuerpo juvenil para mantenerlo dentro de los marcos de normalidad tolerada. Con esa vigilancia social, institucional y periodística se identificaron elementos considerados como parte de la identidad *hippie* que, al ser reconocidos en el espacio público o doméstico, debían ser controlados y castigados.

.....

⁵ Se considera al nadaísmo como un movimiento literario de resistencia de origen colombiano que emergió en 1958 a partir de la publicación del *Primer manifiesto nadaísta* de Gonzalo Arango. En este señalaba que el nadaísmo era un “estado del espíritu revolucionario” que pretendía desacreditar todas las facetas del “orden establecido”.

⁶ Entrevista a Tania Moreno realizada por Úrsula Mares, 21 de septiembre de 2022, Bogotá, Colombia.

⁷ En su *Microfísica del poder* Foucault señala que el poder no siempre se ejerce desde el Estado, sino que hay grupos sociales o individuos que lo despliegan sin provenir, estrictamente, de un marco institucional y ahí radica su nivel “micro”.

Las narrativas y las representaciones periodísticas señalaron esos elementos del “ser *hippie*” a partir de la vestimenta, la estética y las prácticas (como el consumo de marihuana) que se mezclaron gráfica y textualmente con referentes de los *hippies* estadounidenses. A partir de reportajes, notas, fotografías y titulares la prensa elaboró una identidad corporal del “*hippie* colombiano” con ciertos elementos estéticos y olfativos vinculados a significados culturalmente contruidos. A saber, el consumo de marihuana y su olor estaba asociado con el hampa, la criminalidad y la drogadicción. El cabello largo masculino se relacionaba con la homosexualidad, estigmatizada y penalizada en Colombia. Con ello se reprodujeron estereotipos de antaño que la prensa al servicio de poder representó en los cuerpos juveniles libres, como veremos a continuación.

El cuerpo-hippie como transgresor: vigilancia y castigo en el espacio público

A inicios de 1968 diversos sectores juveniles colombianos se apropiaron y resignificaron en su contexto local filosofías, estéticas y estilos de vida propuestos por el movimiento *hippie* estadounidense. Esto implicó cambios en sus formas de vestir, actuar y pensar que se vieron reflejadas en sus corporalidades. El cuerpo de estos emergentes actores juveniles que deambulaban por los espacios públicos y se apropiaban de parques para socializar resultó ser una expresión simbólica y encarnada de la ruptura con lo tradicional. Mediante la estética, la vestimenta, la higiene y los olores estas juventudes contraculturales colombianas transgredieron el cuerpo tradicional y moralmente normado.⁸

Aquí se propone que dichos discursos, que incluían fotografías, jugaron un papel fundamental en la construcción de la opinión pública para legitimar *a posteriori* las agresiones y las represiones que se empezaron a desplegar en contra de las juventudes contraculturales. El objetivo era transformar los cuerpos-*hippies* percibidos como extraños y, por tanto, contruidos discursivamente como amenazantes e incómodos, para retornarlos a lo que se consideraba “normal”.

Si bien tanto en Medellín como en Bogotá habitaban sociedades tradicionales (tanto conservadoras como liberales), la bogotana tendía hacia el hermetismo tolerante mientras que la de Medellín se ceñía a una moralidad y religiosidad implacables. Estas diferencias marcaron formas disímiles de percibir, entender y pensar a los cuerpos de las juventudes contraculturales locales que empezaron a surgir en la segunda mitad de la década del sesenta,

.....

⁸ / Cada época y sociedad han contado con diferentes tipos de contracultura, lo cual es un fenómeno constante histórico. Se puede entender como “cultura en oposición”, “la voluntad de la marginación optimista” o “un movimiento cultural enfrentado con el sistema establecido y con los valores sociales dominantes en este mundo”, al decir de Luis Antonio de Villena (1989, p. 90). En la Colombia de los “largos sesentas” se pueden encontrar dos que emergieron de las juventudes. En primer lugar, el nadaísmo, fundado a finales de los cincuenta por Gonzalo Arango. En segundo lugar, el fenómeno *hippie*, que se consolidó hacia finales de la década del sesenta. De esta última se hace referencia al hablar de “juventudes contraculturales” en este texto.

lo cual se vio reflejado en la cobertura que la prensa al servicio del poder hizo del fenómeno *hippie*.

La emergencia del fenómeno *hippie* colombiano fue considerada por diversos sectores conservadores, en particular los de Medellín, como una forma de transgresión hacia “las buenas costumbres” y hacia la moral. Una primera lectura social hacia los cuerpos juveniles contraculturales se realizó en clave de extrañeza. Cuanto más tradicional sea un lugar, mayores presiones se ejercerán sobre el cuerpo social como afirma Ana Martínez Barreiro (2004).

La prensa al servicio del poder construyó a la figura del *hippie* desde discursos escritos y fotográficos que se fueron modificando desde inicios de 1968 hasta 1971. Una primera etapa, que es la que aquí se revisa, comprendió entre 1968 y 1969; la segunda entre 1970 y 1971. Al inicio de la cobertura mediática de este fenómeno contracultural el acercamiento fue medianamente afable, en particular en la prensa de Bogotá, aunque a esas juventudes se les percibía con extrañeza. En Medellín no solo se les percibía así, sino que eran estética y moralmente transgresoras, por lo cual se iniciaron una serie de acciones institucionales de control para devolverles la “normalidad” a esos cuerpos, en particular al de los hombres por romper con la idea estética de masculinidad de la época.

En la capital antioqueña las instituciones policiacas, y posteriormente las médicas, desplegaron desde los inicios del fenómeno formas de dominación hacia los cuerpos-*hippies* como los cortes obligatorios de cabello. Estos acontecimientos fueron documentados por *El Colombiano* con un acercamiento periodístico de sarcasmo hacia esos sectores juveniles. Por otro lado, *El Tiempo* documentó el transcurrir de la juventud *hippie* bogotana en un espacio comercial “sano” gestionado por ellos mismos sin hacer alusión a las violencias ejercidas por la policía capitalina en esa primera etapa.

La prensa radial de Medellín, como el periódico *Radio Clarín*, realizó una cobertura amplia y sostenida de aquellos jóvenes considerados por los medios de comunicación como estafalarios, melenudos y mugrosos. Mientras tanto, la prensa al servicio del poder abordó poco el tema, pero cuando lo hizo se enfocó en una mayor preocupación en torno a esas juventudes que, en un inicio, estaban lejos del consumo de marihuana. La alarma social y mediática en Medellín se despertó al ver cómo los hombres jóvenes se dejaban crecer la “melena” aún más que los *rockeros* de principios de la década del sesenta. Esto se consideró como un indicio de degeneración moral con tintes de homosexualidad, la cual estaba prohibida y penalizada. Con la apropiación e integración de la estética *hippie* en Colombia la cabellera masculina y la barba creció más y, con ello, la preocupación social.

Mientras *El Colombiano* en Medellín señalaba ese “peligro moral”, *El Tiempo* en Bogotá se enfocaba en otros asuntos como la apropiación juvenil del espacio público y no le mostró mayor relevancia al cabello largo masculino. Pese a

que, según el testimonio de Tania Moreno, en el cotidiano había muestras de rechazo, detenciones y cortes de cabello forzosos en Bogotá.⁹ Esas acciones violentas y represivas hacia esos sectores juveniles no fueron “noticiables” para la prensa de poder de la capital colombiana, como sí lo fueron cuando esos mismos jóvenes hicieron denuncias ante las detenciones que realizaba la policía. Con esos discursos la prensa al servicio del poder difundía mediáticamente la imagen de los *hippies* como juventudes asociadas al conflicto y a la alteración del orden público, por ende, debían ser controladas y castigadas, argumento usado para legitimar las acciones del brazo represivo del Gobierno del Frente Nacional.

En esa época, el cabello largo era considerado culturalmente de poca higiene corporal. Es decir, el joven considerado como *hippie* era rechazado, por una estética vinculada a la suciedad –física y moral–. Desde la percepción social el cabello largo masculino implicaba una suerte de ruptura con las concepciones higienistas de las urbes colombianas, que no solo incluían el baño corporal sino el corte de cabello. Resulta particular que en Bogotá la preocupación de la prensa fuera el uso de los espacios públicos por parte de las juventudes *hippies*, mientras que en Medellín el escándalo se asociara a la higiene corporal masculina de los jóvenes. La higiene en Medellín, tanto de sus habitantes como de los espacios, era un tema de vital importancia que estaba vinculado a la limpieza moral. Ese tipo de cuerpo fue percibido socialmente como una forma de transgresión, categoría utilizada desde el punto de enunciación de lo que se consideraba “normal”.¹⁰ Los que percibieron al *hippie* como un “otro” en su forma de observarlo, describirlo, nombrarlo y olerlo lo hicieron desde su lugar normado, disciplinado y bajo relaciones de poder, pues los *hippies* colombianos fueron una minoría considerada extraña y rechazada por diversos sectores de la sociedad.

En un marco en el que la Alianza por el Progreso estaba marchando dentro del país para el Gobierno del Frente Nacional era necesario que las juventudes colombianas se integraran a esa ideología.¹¹ Esto marcó significativamente los discursos que la prensa al servicio del poder desarrolló en torno al fenómeno contracultural *hippie* en Colombia y esas fueron algunas de las alarmas que señalaron en la construcción mediática de la figura del *hippie* colombiano.

.....

⁹ Entrevista a Tania Moreno realizada por Úrsula Mares, 21 de septiembre de 2022, Bogotá, Colombia.

¹⁰ En sus obras Georges Bataille propone una categoría de transgresión desarrollada desde el lugar de la norma para construir su análisis. Es decir, dentro de la “normalidad” es que se concibe que existe una transgresión, misma que es usada aquí al analizar los discursos de la prensa al servicio del poder, pues su punto de enunciación emerge de lo que las editoriales y las sociedades de las que provenían consideraban como “normal”.

¹¹ La Alianza por el Progreso fue una forma de intervención estadounidense “pacífica” en América Latina propuesta por John F. Kennedy que se implementó entre 1961 y 1970. Se basó en ayudas económicas y sociales en el contexto de la Guerra Fría para que los países latinoamericanos conocieran las “bondades” del capitalismo y no se dejaran influenciar por las ideologías del bloque socialista. Se procuraba la mejora de las condiciones de salud y de vivienda, el crecimiento económico y agrícola, la estabilidad política y la calidad educativa, entre otros.

Quedaron plasmadas representaciones visuales e imaginarios de personajes e identidades fabricadas por las publicaciones de los periódicos en las que dejaron entrever las relaciones sociales construidas por las sociedades tradicionales colombianas de Bogotá y Medellín hacia las juventudes culturalmente disruptivas. A las cuales percibieron como juventudes extrañas que se salían de la normatividad regulada por la vida social y moral.

A mediados de 1968 *El Colombiano*, periódico de corte conservador de Medellín y uno de los más influyentes de la ciudad, publicó un artículo con el título “Los ‘hipies’ [sic] de Medellín, condenados al corte de pelo”, el cual anunciaba que un grupo de jóvenes estaba reunido en el parque Bolívar “filosofando” pacíficamente y la policía llegó a motilarlos.

El título del artículo es revelador en tanto que al inicio de la emergencia del fenómeno contracultural *El Colombiano* asumió a esa juventud como parte de la población juvenil de Medellín, discurso que cambió en 1970 con la denominada “invasión” de *hippies*. Aún más en el marco del Festival de Ancón de 1971 y la llegada de jóvenes de otros rincones de Colombia y del mundo. Pero en 1968 la prensa al servicio del poder asumía, medianamente, a los *hipies* [sic] como jóvenes de la capital antioqueña. Aquellos *hipies* [sic] habían sido forzados al corte de pelo, lo cual demostraba el control gubernamental ejercido hacia ese sector juvenil por la nueva estética masculina de dejarse crecer el cabello a voluntad.



Imagen 1: “Los ‘hipies’ de Medellín”, *El Colombiano*, 16 de junio de 1968.

Fuente: Biblioteca Nacional de Colombia, Bogotá.

El actor social está vinculado a un cuerpo y este, a su vez, está ligado indefectiblemente a las formas sociales de la cultura en la que está inscrito. Por un lado, se encuentra el cuerpo tradicional, dócil, obediente, domesticado y normatizado. Por otro lado, el cuerpo transgresor que se enfrenta a los discursos de poder y que, a su vez, es reprimido por las instituciones que vigilan y castigan ese instrumento simbólico como lo es la corporalidad de actores disruptivos o disidentes. El cuerpo que se ha salido del marco normativo dentro de una sociedad será castigado o se ejercerá sobre él acciones para regresarlo a la “normalidad”.

La preocupación social que se despertó ante la presencia de los *hippies* en los espacios públicos de Medellín a finales de la década del sesenta estaba lejos del consumo juvenil de drogas. Era apenas una práctica que se estaba gestando y que se extendió paulatinamente hacia finales de la década. La inquietud social se enfocaba, más bien, en la higiene del individuo y en las largas cabelleras que no encajaban con los valores y la estética masculina de los adultos. La sociedad velaba por la higiene pública, así como por la limpieza física y moral. Por tanto, era condenable cualquier muestra de poca higiene o señal de ligereza en esa materia. La salud, estética y limpieza pública se controlaba y estaba bajo supervisión social y estatal, de lo contrario se consideraba que merecía la intervención del poder público.

La estética masculina de la década del sesenta tuvo sus orígenes en las ideas desarrolladas en torno a un nuevo higienismo que provenía de cuarenta años atrás. A partir de 1920 la apariencia masculina inició un proceso de cambio hacia el corte de cabello, sin barba y una limpieza facial general. Para Pascal Ory (2005) los individuos o grupos masculinos que posteriormente optaron por la barba y el cabello largo “lo hicieron como reacción a una tendencia dominante y en señal de disidencia, como sería el caso de los libertarios *hippies* de la década de 1960” (p. 146).

Con el fenómeno *hippie* colombiano se generaron tensiones entre un cuerpo juvenil libre y las normas de control social impuestas por las sociedades conservadoras y sus instituciones. En esa época el cabello largo en Colombia era un referente de la homosexualidad, vinculado a un cambio estético de lo masculino hacia lo femenino, no solo altamente juzgada por la sociedad colombiana sino penalizada y no tolerada.¹²

Las primeras etapas de la emergencia del *hippismo* colombiano en Bogotá y Medellín desde 1968 se vincularon con la construcción de imaginarios, la percepción de cuerpos juveniles no tradicionales (particularmente el masculino). La prensa identificó a jóvenes que pudieran ser una posible amenaza, aunque en las primeras coberturas no fue tan explícito como a inicios de la década del

¹² El 5 de septiembre de 1970 *El Tiempo* publicó una nota en la página 36 titulada “Decreto sobre drogas y homosexualismo”, en la que se indicaba que “el sistema hace vertiginoso el juzgamiento al cual quedan sometidos, entre otros, los adictos a las drogas heroicas y los homosexuales”. Mientras que la prostitución era tolerada y reglamentada.

setenta. Es decir, se generaron discursos en torno al cuerpo-*hippie* como sujeto cultural que se salía de las normas sociales, culturales y morales establecidas y con ello la construcción de una posible peligrosidad corporalizada que se reflejó en el cambio de reportajes en las secciones sociales a la publicación de notas sobre *hippies* en las secciones judiciales.

El hecho de que la policía irrumpiera en el parque Bolívar en el que se reunían los *hippies* en Medellín con el objetivo de motilarlos indica una suerte de búsqueda gubernamental hacia el retorno de los valores de la masculinidad colombiana de esa juventud y un castigo por romper con la tradición. Era una forma de control simbólico del Estado hacia el cuerpo juvenil *hippie*. Ante el “peligro” que representaba para la sociedad conservadora que los jóvenes se dejaran crecer el cabello, la policía inició una serie de medidas arbitrarias y violentas para corregir tal desajuste en la tradición corporal masculina, como los forzosos cortes de cabello.

Las tijeras se convirtieron en dispositivos institucionales de control del cuerpo-*hippie* juvenil, con los cuales se ejercían violencias físicas hacia el cuerpo transgresor con el objeto de “corregirlo” y devolverlo a la “normalidad”. También era una práctica de humillación y domesticación del cuerpo amenazante para borrar la identidad de ese cuerpo juvenil contracultural y retornarlo al cuerpo juvenil tradicional capitalista.

La figura del *hippie* en Medellín formó parte de los actores enmarcados dentro de procedimientos de limpieza social, en las que se buscó controlar la estética juvenil masculina que se alejara de la “degeneración moral” vinculada a la homosexualidad. Como lo muestra Guillermo Correa (2015), la construcción social, política, médica y periodística del homosexual como enfermo y criminal ya provenía del siglo XIX con la penalización de las relaciones homoeróticas.

Las estéticas masculinas juveniles se reconfiguraron dentro del *hippismo* colombiano, que a su vez se había abierto camino con la emergencia del *rock*, al buscar otras formas de adueñarse de sus cuerpos, sin ceñirse a los mandatos estéticos –y morales– del marco social en el que vivían. Esto hizo que la figura del hombre *hippie* colombiano fuera cuestionada desde las miradas externas de la sociedad que percibía con detenimiento, mediante un ojo intolerante y juzgador, y que no permitía una alteración de las normas sociales.

Aquella ruptura estética el *hippie* masculino se percibió desde el periodismo y la mirada médica como un medio propicio para que germinara y se reprodujera la homosexualidad, principalmente en Medellín. Las instituciones policiales, protectoras de la decencia pública –la iglesia hacía lo propio con la privada–, hicieron frente a la *barbarie* de los cabellos largos para detener aquello que podía propagarse como enfermedad. Con tijeras en mano o máquina de motilar se vigilaba y castigaba para procurar el cuidado de la pulcritud e integridad juvenil masculina que se debía preservar en tan honorable sociedad.

En su artículo de 1968 *El Colombiano* parece querer mostrar cierta apertura ante las denuncias de estos grupos juveniles que se reunían en el parque Bolívar y a quienes “la policía intentó motilarlos”. La fotografía que acompaña el texto escrito da cuenta de ello. Un representante de la oficina de redacción está sentando en el piso junto con algunos jóvenes en un claro ademán de diálogo y mediación a ras de suelo. Este periódico quiso visibilizar su apertura hacia las juventudes *hippies*, quienes se habían apropiado del parque Bolívar como espacio de socialización y acudían al periódico para denunciar las agresiones policiales en su contra.

El uso de la imagen da cuenta de un pretendido espacio de diálogo entre la prensa y los *hippies* de Medellín. Dentro del reportaje el periodista aseguró que afuera de las instalaciones había cerca de setenta *hippies*, cifra que, según él, era alta para Antioquia. Esta expresión resalta la extrañeza de que en la tradicional capital antioqueña existiera ese tipo de figura juvenil. Los describe como estafalarios y, de manera sutil, defensores de prácticas percibidas como absurdas, como no usar calcetines con el calzado.

Este medio divulgó la idea de que la prensa conservadora escuchaba y dialogaba con las juventudes, por muy “excéntricas” que fuera, y que era tolerante ante sus ideas. Sin embargo, el desarrollo del texto da cuenta del tono sarcástico y de burla que cuestiona esas “excentricidades” que en su fotografía sugiere respetar. La “apertura” de este periódico se coloca desde el poder para abrir el espacio editorial, pero señala al *hippie* denunciante como vago y, de alguna manera, justifica la violencia que sobre sus cuerpos ejercía la policía.

En la fotografía no se retrata el tumulto que está afuera de las instalaciones del periódico. Es, más bien, una toma estratégica en la cual se observa a un reportero de saco y moño, erguido, que dialoga con apenas cinco jóvenes encorvados y empequeñecidos por el ángulo con el que fue capturada la fotografía. La imagen contiene un simbolismo sutil que pasa casi desapercibido y que nos remite a la sentencia dictada por César Augusto Ayala (2008).

Al acudir a *El Colombiano* no realizaban la denuncia a un periódico que estaba al servicio del poder, sino que sabían que esa prensa era el poder mismo. Hay una representación de superioridad –moral– en la fotografía que recuerda a la iconografía cristiana. En la disposición de los elementos dentro de la imagen el reportero está al centro con la mano izquierda levantada, como Jesús ante sus discípulos, quien escucha sereno y brinda palabras de verdad. La imagen forma un triángulo isósceles en el que la cabeza la ocupa el representante de esa prensa al servicio del poder y abajo está la juventud *hippie* que está “condenada” al corte de pelo. Esta prensa emitió su dictamen de condena ya desde el título mismo del reportaje.



Imagen 2: "Los 'hippies' de Medellín", El Colombiano, 16 de junio de 1968.

Fuente: Biblioteca Nacional de Colombia, Bogotá.

En un análisis de diagramación no parece casual que en la página de *El Colombiano* en la que se publicó el reportaje sobre los *hippies* de Medellín y el forzoso corte de cabello la mesa de redacción haya colocado dos fotografías del curso de gimnasia modeladora para mujeres y que dentro de la imagen también se muestre el cuerpo masculino ideal y su estética. El ejercicio corporal empezó a formar parte del control y el régimen sobre el cuerpo para ordenarlo. Así, no solo se regula el cuerpo en el espacio social exterior, sino que se disciplina el cuerpo mismo.

Ese ordenamiento se muestra en la representación fotográfica del cuerpo físico en el espacio social y público, en especial el de las mujeres a las cuales se está "moldeando" en un entorno dominado por el hombre (Turner, 1989).¹³ La gimnasia es una disciplina que regula los cuerpos para volverlos "eficientes" y estéticamente ideales dentro del sistema capitalista, bajo formas modernas de consumismo como un manejo y organización –moral– interna y externa del deseo. Es lo que Turner (1989) llama un "hedonismo calculador" en un sistema de consumo masivo. Esto promueve la práctica del Gobierno (y vigilancia) del cuerpo –civilizado– y el orden de la sociedad en general. Por ende, la imagen de aquellos *hippies* que están "pasivos" frente a aquella del cuerpo

¹³ Bryan Turner (1989) hace un señalamiento desde la sociología del cuerpo en el cual refiere que toda discusión del control social debe tener en cuenta el control de los cuerpos de las mujeres por los hombres en un sistema de patriarcado.

–femenino– ordenado “en acción” es un indicador de “desorden” del cuerpo juvenil, lo cual resulta en un problema de control corporal –y social–.

A pesar de la preocupación social inicial hacia los *hippies* como posibles homosexuales, sus melenas y su poca higiene, *El Colombiano* casi no publicó artículos ni fotografías de ellos. Exceptuando el reportaje del corte de cabello y salvo unas breves notas en la crónica policial de *El Colombiano* sobre la “invasión *hippie*” en 1971, no hubo imágenes fotográficas de *hippies* en Medellín sino hasta el Festival de Ancón.

Hay un vínculo entre el desprecio por las “melenas” con una concepción de limpieza en la que mientras menos cabellos tuviera el cuerpo humano más higiénico era. En una sociedad urbanizada e industrializada la desodorización corporal era un pensamiento dominante que daba cuenta de un rasgo de categoría social: los hogares contaban con baños, lavabos, agua corriente y se usaban productos de limpieza corporal y desodorización como el champú, el jabón y el desodorante, prácticas de consumo y hábitos considerados “limpios”. Sin embargo, las juventudes *hippies* colombianas masculinas generaron una ruptura simbólica frente a las ideas higienistas y la moda capilar masculina que provenía de la Primera Guerra Mundial y que se instauró en las sociedades occidentalizadas.

Por otro lado, el fenómeno *hippie* comenzó a tomar fuerza en Bogotá ya hacia finales de la década del sesenta y el tratamiento mediático fue diferente al de *El Colombiano* en Medellín. La preocupación de *El Tiempo* no se centraba en el cabello largo sino en el consumo de marihuana y la apropiación de los espacios públicos en los que socializaban esos grupos juveniles, en especial el parque de la calle 60, con tradición *rockera*, y la apertura de un pasaje comercial con diversas tiendas alusivas al *rock* o a la filosofía *hippie*.

Algunos jóvenes se organizaron para abrir una serie de tiendas en un pasaje en el que vendían afiches, música y ropa. La apertura de este espacio comercial implicó la circulación de discos de *rock*, ropa elaborada por ellos mismos, afiches de bandas del momento, entre otras cosas. Eran elementos identitarios que mostraban una estética y sonoridades propias vinculadas al fenómeno *hippie* bogotano y eso llamó la atención de la prensa.

Uno de los primeros reportajes en torno a los *hippies* en Bogotá nos remite a la percepción olfativa de la prensa hacia ellos. El periodista Andrés Alzate acudió a un concierto organizado dentro del pasaje de Chapinero del cual redactó el texto titulado “Una fiesta ‘hippy’ [sic] con olor... no de Santidad”, el cual fue publicado en *El Tiempo*, el 2 de diciembre de 1969. Este extenso artículo incluía una sola fotografía: el retrato del nadaísta Jotamario. El poeta había sido el organizador del evento para presentar su libro de poemas junto con un concierto de *rock* que, según el periodista, era un minifestival *hippie*.

La descripción que realiza Alzate incluye tanto a los “*hippies* criollos” como al ambiente oloroso del pasaje de Chapinero. Ya que “la mayoría de nuestros ‘hippies’ estaban con cigarrillo en la boca”, relata, “elevados, pensativos y divagando por ese mundo misterioso que se debe sentir ante los efectos de la marihuana”. Desde la entrada del lugar “se percibía un olor dulzón, de ese que, en concepto de los entendidos, se produce cuando se quema la “yerba”. Pero ese olor a marihuana no era lo único que le molestaba al reportero. Ese olor “no logra opacar las otras clases de olores que se percibieron en la reunión. Eran olores nada agradables y, por el contrario, propios de una propaganda para vender jabón en grandes cantidades. Nuestros “*hippies* criollos”, prosigue el reportero, no se parecen a los de otros países, quienes sí leen a Marx, a Engels y se bañan, por lo menos, dos veces al mes. Otro dato que proporciona Alzate es que al evento acudieron no solo jóvenes sino mujeres y hombres (vestidos de traje) de más de cincuenta años, quienes bebían cocteles rosas y fumaban por igual.



Imagen 3: Una fiesta ‘hippy’ [sic] con olor... no de Santidad, *El Tiempo*, 2 de diciembre de 1969.

Fuente: *El Tiempo*, Google News.

El título nos remite a la percepción olfativa que despliega un periodista de *El Tiempo*, y que la editorial incluyó dentro del periódico, hacia un grupo de jóvenes –y no tan jóvenes– denominados como *hippies*, pero no cualquier tipo de *hippies* sino los “criollos”. Es decir, los propios, los nativos, los locales. Para Alzate era importante recalcar que no se estaba hablando de un “movimiento” de índole extranjero, sino que eran jóvenes que pertenecían a la ciudad, eran “nuestros *hippies*”, quienes no se parecían a otros. En tono sarcástico se hacía mención de que aquellos, los extranjeros, sí se bañaban, con poca frecuencia, pero lo hacían.

Esto muestra una diferencia sustancial entre la cobertura de *El Colombiano* en Medellín y la de *El Tiempo* en Bogotá: la pertenencia de las juventudes y las problemáticas de cada ciudad. Mientras que en la prensa de la capital colombiana nombra a los *hippies* como propios, como “nuestros”, la prensa de la capital antioqueña los niega. Para *El Colombiano* eran jóvenes que llegaron de otros lugares y decidieron reunirse en Medellín, pero no formaban parte de la juventud tradicional de su sociedad.



Imagen 4: Jotamario, *El Tiempo*, 2 de diciembre de 1969.

Fuente: *El Tiempo*, Google News.

El título del reportaje es de lo más sugerente en relación con la asociación cultural de los olores. Estos jóvenes organizaron una fiesta que se tornó “olorosa”, pero esos aromas no se vincularon a la santidad. Resulta entonces una referencia al poco virtuosismo, integridad y moral de esa juventud en particular desde la percepción de la prensa al servicio del poder. *El Tiempo*, prensa liberal y adepta al orden social, construyó a la figura del *hippie* –criollo– como un joven indecente que emanaba olores antihigiénicos. Alzate entró al pasaje de Chapinero como si bajara al inframundo para encontrar a un grupo disímil que se había alejado de los valores sociales, morales y religiosos de la sociedad capitalina colombiana. Mujeres que bailaban música psicodélica y “se exhiben con apenas un minipantalón”. Un poeta que pide al alcalde de Bogotá y al ministro de Justicia que fumen marihuana mientras que los “profanos *hippies*” aplauden. No huelen a santidad, huelen a depravación, a profanidad, pero para la prensa al servicio del poder bogotano siguen siendo “nuestros *hippies*”.

La descripción del lugar es extensa: el ambiente viciado, los olores desagradables, los personajes diversos; empero la única imagen que se incluye en el reportaje es el retrato del poeta nadaísta Jotamario. La fotografía muestra a una figura masculina de pie, vestida con saco y gorra, que sostiene hojas de papel con la mano derecha mientras hace ademán de hablar frente a un micrófono. No es, por supuesto, un personaje pasivo. Es una persona que expresa su pensamiento frente a un dispositivo sonoro que amplifica su voz. Es el personaje que emite palabras de invitación a la depravación, el organizador del aquelarre, el que convoca al desorden de los cuerpos. No se ven sus ojos, la gorra los tapa. Podría pasar desapercibido, podría ser una persona cualquiera. En realidad, su rostro no importa, sino su boca que se expresa con libertad y no hay elementos de la institución policiaca que le ordenen callarse, que selle y cancele aquello que enuncia. Es la representación de un cuerpo libre que la prensa expone ante la opinión pública para comunicar una violación a la ley que se requiere sancionar.

No es casual que al final del reportaje se incluyera un comunicado de la Alcaldía Mayor de Bogotá que hacía referencia a que cualquier persona que cultivara o usara la marihuana sería acreedora a sanciones por violación de la ley, por lo que podrían pasar de dos a cinco años en prisión. Por lo tanto, el reportaje no solo era la cobertura de un evento *hippie* plagado de aromas profanos, sino una amenaza hacia esos sectores desde la prensa al servicio del poder alineados con el Gobierno para detener ese tipo de prácticas. Una advertencia hacia las juventudes adeptas al consumo de marihuana para imponer el orden y la disciplina social.

A finales de ese mismo mes, el 29 de diciembre de 1969, *El Tiempo* publicó un artículo de la reportera Silvia Jaramillo titulado “Los ‘hippies’ se comercializan. Tiendas, almacenes y comercio sano”. Este texto muestra un contraste de discursos incluso dentro de la misma prensa. A inicios de diciembre Andrés Alzate señalaba la falta de orden en un espacio juvenil de transgresión y libertad para beber y fumar marihuana. Hacia finales del mismo mes otra periodista del mismo diario desplegó un discurso sarcástico, pero condescendiente, hacia esos *hippies* y el espacio que ocupaban en el pasaje comercial de Chapinero.

En el texto Silvia Jaramillo aseguraba que si bien era un movimiento excéntrico, lo importante era que no se componía de homosexuales, drogadictos ni delincuentes; tampoco de vagabundos, porque eran jóvenes que trabajaban. Además, afirmaba que ellos no se concebían a sí mismos como *hippies*, según la información que había recabado, “a pesar del cabello largo”. Es decir, la prensa identificaba a cualquier figura masculina de cabello largo como *hippie* u homosexual. “A pesar del cabello largo” no eran ni lo uno ni lo otro, y aun así la prensa lo siguió nombrando como tal.



Imagen 5: "Los 'hippies' se comercializan", *El Tiempo*, 29 de diciembre de 1969.

Fuente: Archivo personal de Tania Moreno.

El escrito incluyó una fotografía en la que se observan a tres jóvenes sentados en la entrada del pasaje comercial y uno de pie que mira hacia la cámara; también un hombre con pantalón de vestir y camisa de manga larga que pasa por el lugar. El joven de bigote parece sostener un periódico con una mano, mientras que con la otra hace un gesto para pedirle algo –¿acaso dinero?– al hombre que va pasando, por ello este vuelve la mirada hacia el joven que está en el suelo. Vemos así que el espacio público es apropiado por estas juventudes a partir de los cuerpos que permanecen en el suelo, a diferencia de los adultos que recorren las calles a pie y usan los espacios para transitar, con rapidez, inmersos en la vorágine del tiempo y de la productividad.

El título del artículo usa cierta sátira al apuntar la apertura del "movimiento *hippie*", que se asumía como espiritual, hacia la lógica de mercado con la producción y la venta de artículos de consumo entre esas juventudes. La fotografía muestra a un joven que pide algo con la mano, pero parece que no vende nada. No podría, de cualquier forma, hacerlo, pues se lo estaría ofreciendo a un hombre que pareciera representa a la sociedad tradicional bogotana, aquella que estaba en contra de la vida y la filosofía *hippies*.

La imagen fotográfica parece usar un simbolismo muy particular en el cual el hombre que camina, y parece representar el ideal del hombre trabajador que ocupa su vida en ser productivo, está de pie frente a los jóvenes *hippies* como si tuviera una superioridad moral ante aquellos que nada hacen de su vida. Es la vorágine de la vida capitalista representada en un hombre que ya está saliendo del marco de la fotografía, frente a la quietud juvenil que “comercializa” sus productos de forma pasiva desde las escaleras del pasaje de Chapinero y a los cuales el fotógrafo nos muestra para contemplarlos sin afán.

Por otro lado, al afirmar que en ese lugar se lleva a cabo un “comercio sano”, hace referencia a que no hay algún vicio de por medio. Entre 1968 y 1969 la prensa liberal del poder observa al *hippismo* como un fenómeno juvenil estrafalario. Pese al reportaje de Andrés Alzate, no hay referentes visuales de una juventud *hippie* drogadicta. Ahora en este texto de Silvia Jaramillo se visualiza a un grupo juvenil desaliñado, “sano” y que ocupa el espacio público para socializar.

En esta etapa del *hippismo* bogotano *El Tiempo* muestra a estos jóvenes como un grupo “extraño”, al cual no comprende. Representa a una juventud diferente, pero que, por el momento, no genera estados afectivos sociales de miedo o angustia pues se difunde la idea de que no son vagos ni delincuentes. El trato mediático de esta prensa es medianamente afable en este primer momento. Hay amenazas, pero dentro del discurso periodístico la policía no interactúa con ellos. Aunque no pasa desapercibido el cambio corporal masculino y la apropiación del espacio público atravesado por relaciones poder y en el cual son vigilados.¹⁴

Pese a que el espacio era usado y apropiado por esos grupos juveniles los brazos represivos del Estado mantuvieron el control y no se permitieron perder, bajo ninguna circunstancia, el dominio sobre los espacios públicos. Era una forma en la que se ejercía el poder social. Sin embargo, la represión institucional vivida dentro del espacio conformado por las tiendas *hippies* no es mostrada en la prensa. Las detenciones realizadas por la policía dentro del pasaje de Chapinero no fueron documentadas por *El Tiempo*. Se hace referencia al consumo de marihuana y después se muestra el “comercio sano” de la contracultura juvenil, pero no las relaciones de poder ejercidas en ese espacio. La violencia se invisibilizó en este medio de comunicación impreso con la fotografía ausente.

Los usos políticos de la imagen en la prensa suelen establecerse a partir de los intereses de las editoriales. La ausencia de imágenes de la violencia ejercida sobre las juventudes *hippies* dentro de *El Tiempo*, como prensa liberal

.....

¹⁴ / En la prensa colombiana se desdibuja la representación de la figura femenina dentro de este fenómeno contracultural colombiano. Los discursos en torno al *hippie* se centran en los cuerpos masculinos como los extraños, estrafalarios, estéticamente disruptivos y moralmente amenazantes y transgresores. La figura de la mujer dentro del “*hippismo* colombiano” fue visibilizada hasta el Festival de Ancón en 1971.

del poder, también era resultado de intereses políticos. En aras de difundir la idea de Gobierno de coalición organizado, estable, que resguardaba el orden público, pero, sobre todo, que atendía los problemas económicos y de orden internacional, como la lucha contra el comunismo, el cuerpo *hippie* se percibió como extraño, improductivo y transgresor de los espacios, las estéticas y los valores tradicionales por medio de sus cuerpos. Esto empezó a despertar las alarmas sociales nutridas por las construcciones mediáticas.

Esa fue la representación que se difundió en la prensa a finales de la década del sesenta del cuerpo juvenil *hippie*, la cual cambió a inicios de los setenta con discursos de criminalización a partir de la puesta en práctica de las acciones represivas como los encarcelamientos. Esta primera etapa de 1968 y 1969 de la cobertura periodística fungió como los cimientos en la construcción del *hippie* como figura juvenil amenazante.

Consideraciones finales

La ruptura juvenil colombiana con la hegemonía cultural de la segunda década del sesenta emergió en un contexto internacional en el cual Estados Unidos ejerció presión a países de América Latina para integrarse al bloque capitalista, como por el prohibicionismo en torno al consumo de ciertas drogas consideradas como tóxicas y dañinas para la salud y que no tenían regulación.

De manera local fue una generación que salía de una etapa de cruenta violencia política y social, de imposiciones dictatoriales y de luchas sociales no atendidas. Además, vivía dentro de prácticas sociales profundamente conservadoras que ejercían control sobre las juventudes y sus cuerpos vinculadas a valores culturalmente contruidos. El quiebre de algunos grupos juveniles frente a las ataduras de progreso económico, así como con el control institucional y doméstico fue percibido por las sociedades de Medellín y Bogotá con recelo y como una pérdida de las “buenas costumbres”. Por su parte, fue construido por la prensa alineada con el Frente Nacional como una forma de amenaza al orden social establecido.

En la primera etapa de la emergencia del fenómeno contracultural *hippie* la prensa al servicio del poder mostró una divergencia entre las coberturas de Medellín y Bogotá. En la primera, ciudad profundamente religiosa y conservadora, la prensa expuso lo que consideraban como el mayor conflicto de aquellos grupos juveniles: el cabello largo masculino. Esto se concibió como una estética disruptiva y antihigiénica en la corporalidad juvenil de los hombres. En la capital, en cambio, la prensa se ocupaba de exhibir el consumo de marihuana dentro de los espacios comerciales *hippies* sin que hubiera un control, los olores emanados de los cuerpos y espacios vinculados al “*hippismo* criollo”, así como la apropiación de espacios públicos para la socialización o venta de productos derivados de la “ideología *hippie*”.

En este marco la fotografía de prensa jugó un papel fundamental para construir el cuerpo juvenil colombiano –masculino– como un *hippie*. Mientras que en Medellín *El Colombiano* lo nutría de elementos estéticos corporales transgresores, *El Tiempo* en Bogotá construyó al cuerpo-*hippie* desde la percepción olfativa como una forma de transgresión odorante corporeizada que emanaba aromas estereotipados vinculados al crimen o como cuerpo juvenil fuera de los valores tradicionales y del ideal capitalista de productividad y del buen vestir.

En ambos casos la prensa construyó una narrativa hegemónica en torno al cuerpo-*hippie* como una forma de ausencia de orden y de transgresión de la “normalidad”. La circulación en el espacio público de esos discursos visuales cargados de simbolismos abonó al pánico moral, por la posible amenaza al comportamiento social establecido dentro de las sociedades colombianas urbanas. Estas primeras publicaciones serían los cimientos, en primer lugar, para la “invención” del “*hippie* colombiano” como figura caótica; en segundo lugar, como una forma de justificación mediática para la vigilancia social y el posterior castigo institucional. Fueron cuerpos juveniles contruidos mediáticamente como amenazantes desde discursos hegemónicos y al servicio del poder para justificar las diversas violencias ejercidas sobre ellos. Con estas publicaciones se pretendía demostrar la capacidad de control social del Frente Nacional para procurar “estabilidad y paz” en aras de progreso. 🌱

Archivos

Archivo hemerográfico de la Biblioteca Nacional de Colombia, Bogotá.
 Archivo Histórico de Medellín.
 Archivo fotográfico personal de Tania Moreno.

Referencias

- Archila, Mauricio. (2003). *Idas y venidas, vueltas y revueltas: protesta social en Colombia 1958-1990*. Bogotá: ICANH-CINEP.
- Ayala, César Augusto. (2008). *Exclusión discriminación y abuso de poder en El Tiempo del Frente Nacional*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Burke, Peter. (2002). *Visto y no visto: el uso de la imagen como documento histórico*. Barcelona: Editorial Crítica.
- Castellanos, Nelson. (2011). El periodismo colombiano en los tiempos del Frente Nacional. *Folios*, (26), 94.
- Correa, Guillermo. (2015). *Raros: historia cultural de la homosexualidad en Medellín, 1890-1980*. Medellín: Universidad Nacional.
- Estévez, Jaqueline. (2013). *Prensa y poder político durante el Frente Nacional, Colombia 1958-1974*. Madrid: Universidad Complutense de Madrid.
- Estrada, Fernando. (2009). Reseña: Exclusión, discriminación y abuso de poder en El Tiempo del Frente Nacional. *Anuario Colombiano de Historia social y de la Cultura*, 36, (1).
- Garnik, Cora. (2016). La fotografía de prensa en Argentina durante la década del 1960: modernización e internacionalización del periodismo gráfico. *Revista Photo & Documento*, (2).
- Katz-Rosene, Joshua. (2021). La canción protesta y los discursos de contracultura y resistencia durante la década de los sesenta en Colombia. *Revista Colombiana de Antropología*, 57, (2).
- Martínez Barreiro, Ana. (2004). La construcción social del cuerpo en las sociedades contemporáneas. *Papers: Revista de Sociología*, (73).
- Ory, Pascal. (2005). Cuerpo ordinario. En Alain Corbin, Jean-Jacques Courtine y Georges Vigarello. (coords.). *Historia del cuerpo: las mutaciones de la mirada, el siglo xx*. Madrid: Taurus.
- Rubio, Laura Alejandra. (2022). *Nadaísmo: una propuesta de vanguardia*. Bogotá: Idartes.
- Turner, Bryan. (1989). *El cuerpo y la sociedad: exploraciones en teoría social*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Villena, Luis Antonio de y Savater, Fernando. (1989). *Heterodoxias y contracultura*. Barcelona: Montesinos.